

La pregunta es legítima, porque un clásico debe estar siempre dispuesto a dar prueba irrefutable de su valor, en cualquier momento. El modo mejor de justificar su validez es llamarlo a capítulo, ante nuestra sensibilidad y nuestra conciencia, y solicitar que nos demuestre que lo es, que lo sigue siendo, por una manera muy sencilla: por su capacidad de actuar vitalmente a alto grado, sobre nosotros, de movernos extraordinariamente a sentir y a pensar mucho más allá de lo usadero y ordinario.

Y prosigue:

Toda época coloca sobre el libro clásico su propia interpretación, se lo explica a su modo, sin por eso alterarlo. Estas interpretaciones históricas en los clásicos son casi siempre valiosas; cada una descubre en él una verdad, y acaso ninguna las descubre todas...¹¹

Por otra parte, cuando Erich Auerbach, recriminado por Amado Alonso por no haber dado cabida a ningún español en su famoso libro *Mimesis*, decide incluir a Cervantes, escribe:

Un libro como el *Quijote* está llamado, por fuerza, a desembarazarse de las intenciones de su creador, para vivir una vida propia; presenta una nueva faz a cada época que se complace en él.¹²

Lector y archilector

El comentario que M. Foucault dedica a Don Quijote en *Las palabras y las cosas*, puede ser discutible, pero en él se leen cosas como las siguientes:

Ahora bien, él mismo (se refiere a Don Quijote) es a semejanza de los signos. Largo grafismo flaco como una letra, acaba de escapar directamente del bostezo de los libros. Todo su ser no es otra cosa que lenguaje, texto, hojas impresas, historia ya transcrita... Y cada episodio, cada decisión, cada hazaña serán signos que Don Quijote es, en efecto, semejante a todos esos signos que ha calcado.¹³

Si ya el personaje mismo trasmina un no sé qué de libresco, ¿cómo evitar, cuando se trata de la lectura intensiva de un solo capítulo, más que le pese a Cernuda¹⁴, que la lectura esté entreverada de referencias eruditas? Es, pues, inevitable penetrar en la entraña de lo leído a través del espesor que ha creado la escritura sobre la escritura¹⁵. Este capítulo quinto en concreto, por sus elementos argumentales y formales, es quizá uno de los que más ha contribuido a suscitar el tan debatido y nunca resuelto problema de las intenciones que pudiera tener Cervantes al escribir el *Quijote*. Problema já-

¹¹ *Ensayos de literatura hispánica*. Madrid, 1961, 2.ª ed., pág. 77.

¹² *Mimesis: la realidad en la literatura*. Tr. española, México, 1.ª reimp., pág. 333.

¹³ trad. española. México, 1978, 10.ª ed., pág. 53.

¹⁴ Escribe Cernuda: «Tan densa puede ser la masa de comentarios eruditos acumulada sobre una obra, que es ya difícil adelantarse hasta aquella sobre la cual recaen, y ésta, extraña y lejana, se nos pierde de vista, como la lucecilla que brilla remontamente entre las sombras nocturnas del camino.» «Cervantes», ensayo recogido en su *Prosa completa*, Barcelona, 1975; pág. 947.

¹⁵ Recuérdese la referencia al «archilector» de la nota 2.

nico, pues se refiere tanto a la finalidad moral de la obra como a la estructura y extensión que ella habría de tener ¹⁶.

Voy a soslayar el primer aspecto de la cuestión, aunque de pasada algo diré sobre el tema un poco más adelante. En lo que toca al segundo aspecto, hay que decir que la presunción de que Cervantes pudo concebir su novela como una más de las ejemplares, parece consistente, pues incluso los críticos más reticentes acaban por aceptarla ¹⁷.

Consecuencia de lo anterior es quizá que el Quijote que se nos presenta en este capítulo, les parezca a muchos algo desvaído y aún no consciente de su personalidad. Yo así lo admitiría si no apareciera en él la frase que motiva mi estudio ¹⁸.

Empiezo mi lectura:

Viendo, pues, que, en efecto, no podía menearse, acordó á su ordinario remedio, que era pensar en algún paso de sus libros, y trújole su locura á la memoria aquel de Valdovinos y del Marqués de Mantua... ¹⁹

En el momento en que comienza el capítulo, Don Quijote acaba de recuperar los sentidos después de haber sido brutalmente apaleado. Para comprender su situación, es conveniente evocar brevemente lo hasta entonces acaecido al caballero. Don Quijote ha tenido —o padecido— tres aventuras: la de la venta, la de Haldudo y Andrés y la de los mercaderes, que acabó con el apaleamiento antes señalado ²⁰.

En cuanto a las palabras transcritas, lo primero que llama la atención es esa especie de automatismo, como del que tiene su lección muy bien aprendida, con que acude Don Quijote en la desgracia «a su ordinario remedio». Remedio que no es otro que el «acordó de acogerse», donde el «acordó» revela la enorme carga de voluntarismo que el socorrido remedio tiene. Don Quijote decidió un día hacerse caballero andante, tiene su «idea» de lo que es ser un tal caballero, y trata de interiorizarla con el propó-

¹⁶ Escribe Vicente Gaos: «Querer demostrar cuál fue el primitivo plan del *Quijote* es como pretender contar las estrellas.» De *Claves de literatura española*, tomo I. Madrid, 1971, pág. 167.

¹⁷ El autor anteriormente citado, se expresa: «Esta hipótesis (la de la novela corta), aunque particularmente me convence poco, no tiene en sí nada de inverosímil, ni hay inconveniente serio para que podamos, en principio, aceptarla.» Ob. cit., pág. 167.

¹⁸ Las citas del *Quijote* están hechas sobre la edición de RODRÍGUEZ MARÍN de «Clásicos Castellanos», Madrid, 1975, 10.ª ed. También he consultado la de Clemencín, publicada por Ediciones Castilla. Dice Gaos: «A Clemencín (y no a Rodríguez Marín cuyo comentario es erudito, pero pedestre) hay que volver como modelo y punto de partida para cualquier nueva edición del *Quijote*. (Ob. cit., pág. 215). Sin embargo, no ignoro los reparos que a Clemencín hizo Valera (Ob. cit., págs. 1067 y ss.). Sobre todo, los que se refieren a las cominerías gramaticales del famoso comentarador, comentarios que no son siempre acertados».

También he consultado las notas de la edición de Planeta, preparada por Martín de Riquer, notas que están recogidas en forma de libros en su obra *Aproximación al Quijote*, Barcelona, 1976; 4.ª ed.

¹⁹ Quijotes, pág. 133.

²⁰ Casaldueiro sintetiza así: «En la primera y la tercera aventura, el ventero y los mercaderes se dan cuenta de la locura de Don Quijote y le siguen el humor, dando lugar a lo grotesco de los acontecimientos. Esta burla nimba el patetismo de la segunda aventura, la de Haldudo y Andrés, en la cual se establece la relación entre la Justicia y los medios necesarios para ejecutarla.» En *Sentido y forma del Quijote*, Madrid, 1975; 4.ª ed., pág. 27.

sito de que empape, como el mar a la esponja, su personalidad toda. Por ello, en un segundo momento, cuando Pedro Alonso acude a socorrerle, en el texto se lee:

Don Quijote *creyó, sin duda*, que aquél era el Marqués de Mantua... ²¹

Lo que indica que el «remedio» ha funcionado a satisfacción del malherido caballero. Usando aquí la terminología orteguiana, diría que don Quijote transfunde su «idea» en «creencia», y que actúa conforme a ella ²².

También resulta sorprendente que en este trance Don Quijote se acoja al Romancero, en lugar de a los habituales libros de caballerías, libros a los que, según Cervantes, se había propuesto desacreditar con su novela ²³. Y aunque en «el donoso y grande escrutinio» no aparezcan después libros de tal género, esta circunstancia da pie para pensar que Cervantes tampoco se tomaba en serio el Romancero ²⁴.

Otro punto que ha llamado también la atención de críticos y comentaristas, es este:

...historias sabidas (se refiere a los romances) de los niños, no ignoradas de los mozos, celebrada y aun creída de los viejos, y, con todo esto, no más verdadera que los milagros de Mahoma. ²⁵

Clemencín pone a este pasaje una nota que me parece pertinente —lo que revela su intuición y buen sentido, aun antes de que la hipótesis de la novela corta cuajase—, en el que señala la incongruencia de que Cervantes pudiera atribuir a la péñola de Cide Hamete, a quien iba a considerar historiador escrupuloso, tan poco pías palabras para su profeta ²⁶. Ello creo que revela simplemente que en aquel momento Cervantes no tenía muy claro el plan de su novela.

Y llega un momento en que el labrador, al «oír tanta máquina de necedades... co-

²¹ Quijote, pág. 136.

²² Escribe Aranguren: «Tampoco a Cervantes, a Don Quijote les importa lo que ocurra en el mundo exterior, sino el ánimo esforzado, que llevamos en nosotros, y contra el que nadie puede prevalecer, tampoco los «encantadores», que juegan aquí un papel figurativo rigurosamente paralelo al que en la filosofía de Descartes va a representar el «genio maligno». Ob. cit., pág. 101.

²³ La cuestión de la influencia del *Entremés de los romances* la dejó perfectamente resuelta Menéndez Pidal en su estudio «Un aspecto de la elaboración del Quijote». (En *De Cervantes y Lope de Vega*, Madrid, 1964, 6.ª ed.): Pues lo cierto es que los primeros episodios de la novela fueron concebidos por estímulo de una obra de otra índole, un despreciado *Entremés de los romances*, cuya importancia, a mi ver, no ha sido comprendida por la crítica.» (Ob. cit., pág. 20.) «Estímulo» que no merma la originalidad de Cervantes. Dice el mismo erudito: «Cervantes, justamente en los momentos en que sigue más de cerca al «Entremés». aparece más original que nunca» (pág. 27). Lo mismo opina Martín de Riquer en una nota de su edición de Flaneta (pág. 63) y también en su *Aproximación al Quijote*, págs. 92-3. MENÉNDEZ PIDAL, en su estudio «Cervantes y el ideal caballeresco», recogido en *Miscelánea histórico-literaria*, Buenos Aires, 1952, se extiende sobre el mismo tema, con nuevos matices.

²⁴ Sobre este punto, escribe Américo Castro: «Cervantes no tomó en serio el Romancero, el género de poesía más tradicionalmente nacional y popular que hubo en España; su lectura fue uno de los medios más usados para trastornar la mente de Don Quijote, y dio ocasión a muy varias ironías.» (De «El Quijote, taller de existencialidad», en la *Revista de Occidente*, núm. 52, 2.ª ép., pág. 5). Sin embargo, Menéndez Pidal es de otra opinión. Refiriéndose al Romancero, dice: «género admirable y respetable para él». (En *Miscelánea*, pág. 21).

²⁵ Quijote, pág. 133.

²⁶ Esta vez creo que no tiene razón Valera al decir que le faltó a Clemencín sentido de la ironía. Ob. cit., pág. 1068.